

Domingo XXXIII. Año C

Lectio divina sobre Lc 21,5-19

Sin duda que oír hoy el evangelio no dejará de extrañarnos: *pocas veces resultan las palabras de Jesús tan ajenas a cuanto nos ocupa a diario*, tan alejadas de nuestras preocupaciones normales. ¿A quién de nosotros le interesa la destrucción del templo de Jerusalén, un acontecimiento que ocurrió hace algo más de dos mil años? ¿O quién hoy cuenta con un fin del mundo inminente? También es verdad que no faltan voces que anuncian próximas catástrofes, que ven las actuales dificultades como un mal presagio. Siempre hay alguien que piensa que no estamos bien, que llegaremos a estar peor. Pero semejantes predicciones no logran convencernos: tan habituados estamos a que mañana sea como ayer, tan convencidos de que ya lo hemos visto todo, que no nos ponemos a esperar algo nuevo. En resumen, ni tememos algo peor, pues ya vivimos suficientemente mal; ni deseamos lo mejor, pues hemos aprendido a contentarnos con que no nos vaya mal del todo. Y es que *para no inquietarnos, hemos dejado de esperar*. No era así en tiempos de Jesús, ni en los inicios de la iglesia: ellos, Jesús y los primeros cristianos, vivían convencidos de que el fin del mundo estaba por venir y temían el día del juicio universal. Eran ya fieles, pero esperaban, y temían, ser confirmados como tales.

En aquel tiempo, ⁵algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo.

⁶«Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido.»

⁷Ellos le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?»

⁸Él contestó:

«Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre, diciendo: "Yo soy", o bien: "El momento está cerca"; no vayáis tras ellos. ⁹Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida.»

¹⁰Luego les dijo:

«Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. ¹¹Habrán también espantos y grandes signos en el cielo. ¹²Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores, por causa mía. ¹³Así tendréis ocasión de dar testimonio. ¹⁴Haced propósito de no preparar vuestra defensa, ¹⁵porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro.

¹⁶Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, ¹⁷y todos os odiarán por causa mía. ¹⁸Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas. ¹⁹Si os mantenéis firmes, conseguiréis salvaros.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Una ingenua observación de los discípulos, mientras recorrían el Templo (Lc 21,5), ocasiona un insólitamente duro e inesperado discurso de Jesús (Lc 21,36). Era más que lógico que unos galileos recién llegados a Jerusalén se quedaran 'de piedra' ante la monumentalidad del Templo, y eso que aún estaba en construcción... Cuando lo cuenta Lucas, la caída de Jerusalén y la ruina del Templo ya han ocurrido. Para sus lectores las palabras de Jesús tienen la fuerza de los hechos, son parte de su experiencia.

Jesús tiene un modo diverso de 'mirar' las cosas: no se fija en la apariencia de este mundo, por impresionante que se nos antoje, sino en si tiene porvenir (Lc 21,6); contempla la realidad desde Dios. La reacción de los oyentes es explicable; se preocupan por el «cuando» y el «cómo»; quieren conocer cuándo sucederá, qué señales les advertirán de que está por ocurrir (Lc 21,7). Sin darles respuesta, Jesús les adelanta tres circunstancias, advirtiéndoles, al tiempo, cómo deben reaccionar. Primero, dice, al 'último día' precederán pretendidos mesías y falsos profetas que agitarán a los creyentes anunciando guerras y revoluciones, hechos que no serán el final, sino su precedente (Lc 21,8-9). La situación se hará, en una segunda etapa, espantosa: el mal reinará en la tierra, donde los discípulos serán perseguidos "por su causa", no por ser malos sino por serle fieles; será el tiempo del testimonio extremo, durante el cual Cristo será su 'abogado' (Lc 21,10-15). Por último, la división y el desamor triunfarán, al parecer, sobre los probados creyentes; incluso sus más allegados, los seres más queridos, los odiarán, los traicionarán y matarán. Entonces, solo entonces, habrá llegado el tiempo definitivo, el de la perseverancia, a la que anima Jesús comprometiéndose a que no perderán, no ya la vida, sino un solo cabello de sus cabezas. Hasta en lo más nimio serán cuidados por Dios ese 'día' (Lc 21,16-19).

El evangelio de hoy no debe aterrizarlos, aunque tengamos que tomarlo en serio: por más mal que estemos, por peores males que suframos o temamos, Dios cuida en nosotros hasta de lo superfluo e insignificante; *todo lo que somos o tenemos le interesa y todo será salvado...*, si le somos fieles, incluso cuando nos traicionen nuestros seres más queridos.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

El entusiasmo que despertó en los discípulos, galileos recién llegados a Jerusalén, la visión del templo da ocasión a Jesús para hablar. No les faltaba razón: el templo de Jerusalén era el edificio más imponente y magnífico de toda la ciudad; orgullosos por tener a Dios entre ellos, no habían parado de embellecer su lugar de residencia durante siglos. A Jesús, en cambio, no le impresionó su esplendor presente, pues estaba seguro de su ruina futura. Como así sucedió. Y es que, entonces y hoy, *un mundo que se enfrenta a Jesús, que rechaza su evangelio y su persona, un mundo en el que Dios no tiene cabida, es un mundo sin porvenir.*

Creídos como estaban de tener a Dios a su disposición en el templo, esperándole cuando quisieran visitarle y sin echarle de menos cuando no se le acercaran, los contemporáneos de Jesús habían librado sus vidas de su Dios; *pensaban no poder perderle, porque sabían dónde encontrarle; y lo perdieron, porque, residiendo sólo en el Templo de Jerusalén, no supieron encontrarlo a diario en sus vidas y en su mundo.* Jesús hoy nos advierte, y con una gravedad inusitada, que un mundo que arrincona a Dios, aunque sea en un bonito templo, no tiene futuro. *Desaparecieron, y desaparecerán, para siempre los mundos, y los templos, de los que Dios se ha ausentado o es allí menospreciado.*

Como el nuestro, hoy. ¿O es que no hemos colocado a Dios en bonitos templos, no nos lo imaginamos ocupando santos lugares, lejos de la vida que llevamos y de nuestras preocupaciones? Con tanta fantasía como eficacia, los creyentes, quienes creemos que Dios existe y vive junto a nosotros, nos empeñamos en no esperar a Dios, en no echarle en falta, en no cuidarnos de Él y su voluntad, porque nos ilusionamos con saber dónde para. Nos creemos que está siempre allí donde le hemos colocado: tenerle en un lugar nos evita tener que buscarle en todos los demás; encerrándole en un templo, adonde acudimos, siempre que queremos que haga nuestra voluntad. Peor aún, nos sentimos libres de hacer su voluntad, allí donde nos parece que no está para nosotros. *Un mundo, sin Dios en la vida pero con Dios en los templos, no tiene futuro alguno. No tendría que resultarnos bonito ni atrayente un templo, por magnífico que sea, si es el único lugar donde buscamos a Dios.*

La destrucción del Templo, morada de Dios, anunciada por Jesús suponía, en realidad, la desaparición de un mundo en el que Dios ya no tenía cabida: una gran tragedia para el pueblo que había perdido todo menos ese rincón donde acceder a Dios. Jesús puede así anunciar ambos acontecimientos en un solo discurso: la ruina del Templo señala el final del mundo sin Dios. Y puesto que el cambio suscitará perplejidad y dolor, Jesús previene a los suyos para no presten atención a los agoreros de turno: cataclismos y persecuciones son las dos señales que precederán su venida segunda. Avanzándoles lo que ocurrirá, los prepara para cuando suceda: traiciones y odios separarán al discípulo de su propia familia; la fidelidad a Cristo diluye otras fidelidades. Así puede aprender el cristiano, que vive esperando a su Señor, que su casa está donde esté su Señor por venir, que su corazón pertenece al Señor que está por venir; así podrá vivir esperándole sin tener que apoyarse en otros ni buscar signos diferentes a los ya anunciados.

No es que Jesús desee inquietarnos sin razón con un final horrendo que está por venir. Dios no va a destruir el mundo, donde Él siga presente y su voluntad se cumpla. Pero sí que arrasará los mundos de donde le han echado o los corazones que le están olvidado. Y el cristiano, como el mismo Cristo un día, debería vivir deseando esta intervención de Dios, esperándole ardientemente; porque nos deseáramos no ya la ruina de cuanto hemos disfrutado en esta vida, sino la seguridad de no perderlo para siempre. *El mal que nos aflige o que tememos, las tribulaciones que padecemos o que experimentamos, los odios que sufrimos o que generamos, no tienen futuro, tendrán un final cierto, si vivimos ya hoy en el mundo de Dios, haciendo a Dios Señor único de nuestro pequeño mundo, en nuestra familia y en nuestro corazón.*

Jesús en persona es quien nos lo ha vaticinado. No hay que prestar atención a quienquiera que intente convencernos que el final está cercano. No tenemos ninguna necesidad de escuchar a los agoreros de turno, que los hay entre nosotros. *Teniendo a Dios en nuestro mundo, no nos perderemos el que Dios piensa en darnos; sintiéndole cercano en nuestra vida, no tiene necesidad de quitárnosla. Alimenta mejor su esperanza en un mundo mejor, quien mantiene en este mundo la fidelidad a Dios.* A éstos, solo a ellos, el fin del mundo supondrá el final de sus tribulaciones, el pago a sus esfuerzos, el triunfo de su perseverancia: nada menos. Nunca el fin de su esperanza ni el término de su fe.

Para ayudar nuestra fidelidad, Jesús nos previno que desgracias y persecuciones precederían el final; nos hizo saber que *el mundo que ha de acabar se puede convertir en inhóspito y enemigo para los amigos de Dios.* Y quizá aquí esté lo más chocante, aquello que nos cuesta más entender y aceptar: los cristianos no se pueden sentir totalmente a gusto en el mundo, del que se está ausentando Dios. *Buscar, por el contrario, como lo hacemos a diario, instalarnos en él mejor y para siempre, supone perdernos a Dios aquí y en el mundo que vendrá.* Hablando de la persecución y del maltrato por parte de los demás, incluso de familiares y amigos, Jesús nos advierte que *sólo en Dios debemos poner nuestra confianza*: quien ha sufrido la traición de los suyos sabrá mejor que lo suyo es únicamente Dios, quien no le puede fallar nunca. Ni quiere.

El creyente, como el mismo Jesús, pertenece allí donde está su Dios; su casa la tiene donde habite Dios. Puesto que su mundo es el mundo de Dios, no le asusta que en éste tenga que padecer porque no padecerá para siempre: *Dios es de la familia de cuantos la pierden por él*. Si nuestro corazón perteneciera al Dios que viene, si nuestros afectos y proyectos se ocuparan de y en el Dios que vive entre nosotros, si encontráramos los hermanos entre quienes hacen la voluntad de Dios, nuestro corazón, sus afectos y proyectos, nada tendrían que temer: el fin del mundo sería - ¡solo!- el final de nuestras penas. Dios se ha comprometido en nuestra salvación: no nos perderíamos, -¡ni un pelo de nuestra cabeza! -, si no perdemos a Dios de nuestro mundo. El final de este mundo para los que perseveran en él es el encuentro definitivo con Dios. *Lo único bueno que tiene el mundo en el que vivimos es que en él ya vive Dios, junto a nosotros; mientras en él vivamos, estaremos, a salvo, bajo su mirada y entre sus cuidados.*